



CAPITULO IX

Combate del 25 de enero en la Aduana. Expedición a Masaya. Encuentro con los democráticos en Catarina. Regreso de los legitimistas. Consecuencias de este movimiento. Situación de Masaya. Toma de esta plaza por los legitimistas. Los democráticos abandonan a Jalteva. Atacan a los legitimistas vencedores en Masaya. Se concentran a León. Ocupación de Rivas por los legitimistas.

Malgrado este intento, era forzoso a los legitimistas adoptar otro medio para vencer, y ese medio no era otro ni podía ser que combatir.

Para combatir era preciso provocar al cantón, y se dispuso hacerlo de una manera más formal que se había hecho anteriormente, cuya operación se confió al General Corral, porque Chamorro vivía ya postrado en su lecho de muerte. Corral desde luego escogió *un día fausto*, el 25 de enero (1855), saliendo para el camino real de Masaya al propio punto de la Aduana, con no menos de 500 hombres. Situó una sección mandada por el Coronel don Florencio Xatruch en las avenidas de la Otrabanda, y otra a las órdenes del capitán mayor José Jesús Arana a lo largo del arroyo hasta la garganta llamada la Aduana. Mandó al Coronel don Pedro Xatruch que con otra sección saliese al Camino Real con objeto de aprehender a los conductores de víveres al cantón y el mismo General se situó con la reserva en unas sabanetas inmediatas para dar auxilio con prontitud al punto que lo necesitase. No tardó Xatruch en capturar a una multitud de indígenas de ambos sexos que llevaban alimentos a Jalteva, los cuales fueron conducidos a la plaza y confinados en seguida a las islas de Solutiname. Como uno de estos prisioneros declaró que al salir

M.—13.

de Masaya quedaban formados en la plaza como 50 hombres que traían parque a los democráticos, Corral dispuso que se emboscase una sección en el camino llamado de *Enmedio*, con orden de tomar a los conductores; mas no bien se había cumplido esta disposición, cuando se oyó un fuego que de pronto se creyó que era con la guerrilla anunciada; pero luego que continuó más vivo, se conoció que un enemigo más respetable había aparecido por la retaguardia, por lo cual destinó Corral unas compañías que sostuvieran a la que se hallase atacada. En esos momentos resultó otro ataque de los democráticos al frente y por el flanco derecho a las posiciones que ocupaba la 4a. sección, y como podía suceder que estrechasen al mayor Arana sobre el arroyo, Corral mandó al capitán don Andrés Murillo que lo sostuviera con su compañía, y no siendo bastante este auxilio, mandó al Coronel don Manuel Antonio Cerda que con su sección apoyara los puntos atacados. En esos momentos concluyó el fuego de retaguardia por la fuga de los democráticos; quedó una compañía legitimista guardando el camino de Masaya y el resto de la fuerza vino al lugar donde estaba empeñado el combate. Los democráticos ocupaban el camino llamado de *Las Lomas*, y el monte que hay entre él y el de *Enmedio*, de donde fueron sacados mediante un cambio de posición a un terreno más claro; en cuyo momento, el Teniente Coronel don Tomás Martínez hizo una carga a la bayoneta, tan firme y segura, que los democráticos fueron desconcertados; y acometidos por las fuerzas de Cerda y Arana, huyeron unos por el camino de Sacatiligüe, y otros a guarecerse a Jalteva, siendo perseguidos por los legitimistas hasta las primeras casas; y habrían penetrado al cantón si no hubiera sido que el jefe juzgó prudente mandarles hacer alto e incorporarse.

El General Jerez, tanto tiempo postrado de su herida, pudo salir a este combate; le mataron el caballo que montaba, y tuvo que salvarse a pié, por el camino de Sacatiligüe antes mencionado. En esta vez los legitimistas quedaron victoriosos dueños del campo, y los democráticos no sólo derrotados, sino hasta convencidos de que no podrían triunfar. Entre los muertos que tuvieron éstos, poco más de 20, contaron al Coronel don Juan Benito Anduray, uno de los mejores jefes que había en Jalteva. Como es de suponerse, los legitimistas tuvieron muchas menos bajas en el ejército.

Tan brillante triunfo exaltó más en los últimos el deseo de dar un golpe decisivo a sus enemigos, y muy pronto comenzó el susurro de que se había resuelto la ocupación de Rivas. Luego que se mandó alistar la misma tropa que peleó en la Aduana, era tan firme la creencia de que marchaba para el Departamento Meridional, que muchas personas que tenían algunos intereses en aquel punto se preparaban para ir bajo

el amparo de la columna expedicionaria. Esta, que constaba de 500 plazas, fué puesta a las órdenes de Corral, quien teniendo repugnancia de marchar, pretextaba que siendo General de División debía llevar tantos batallones, observación que desagradó a Chamorro hasta el extremo de imponer a Corral que permaneciese en arresto, mientras no cumplierse lo mandado; y acaso este incidente hubiera adquirido mayores proporciones y producido malas consecuencias, si no hubiesen tomado pronto participó algunos hombres de importancia, que hicieron doblegarse a Corral, en quien sin duda también influyó la creencia de que la expedición se dirigía al Departamento de Rivas.

En efecto, el día 10 de febrero salió la fuerza de la plaza, habiendo recibido poco antes el General Corral un pliego cerrado, en cuyo sobre se leía: «*Abrirá Ud. este pliego en Diriomo y ejecutará sus órdenes que se le dan, bajo la pena de perder su empleo y grado.*» Inmediatamente que llegaron a este pueblo abrió Corral el pliego en presencia del Coronel Xatruch (Pedro), del Teniente Coronel Martínez y otros, sin poder ocultar su enojo cuando vió que se le mandaba atacar la plaza de Masaya, paso para él muy inconsiderado; pero en fin, pernoctó en el mismo pueblo, y en la madrugada siguiente prosiguió la marcha para Santa Catarina, a cuyo pueblo había llegado el General don José Guerrero con 200 soldados; y con objeto de oponerse al paso de la columna legitimista, ocupó las alturas a la entrada del pueblo de San Juan, posición verdaderamente militar, pero que no vacilaron los legitimistas en atacar. Sólo la vanguardia desalojó en, muy poco tiempo a Guerrero de aquellas alturas, haciéndole huir para Masaya en completo desorden. Cuando los legitimistas llegaron al interior del pueblo de Catarina, se les presentó el triste espectáculo de un hombre expirando, mandado degollar sin motivo alguno, en presencia de un hijo que lloraba sobre el cadáver de su padre. Era don Francisco Cuadra, vecino de Masaya, pobre, honrado y pacífico hasta el extremo, que tuvo la desgracia de encontrar en ese lugar la fuerza derrotada.

Corral, con la actividad y desconfianza que le era característica, o acaso buscando un pretexto para eludir las instrucciones, mandó revisar los elementos y útiles de guerra, y al suplir piedras de chispas a una sección que carecía de ellas, se encontró que no iba la provisión suficiente; por lo cual el jefe prorrumpió en quejas amargas contra el Mayor General que le había asegurado ir bien provisto de todo lo necesario, e inmediatamente dió orden de contramarcha a Diriomo. No bien llegó a este pueblo cuando mandó un correo a Granada pidiendo las citadas piedras, e ínterin venían, se ocupó de mandar los heridos que hubo en la acción anterior a la *Agua Agria*, posesión antigua con puerto en el Lago, en que por ese

tiempo habían puesto los legitimistas un cantón que había embarazado las relaciones entre el Departamento de Rivas y Jalteva, y que infructuosamente habían atacado los democráticos. Corral se propuso enviar a ese punto los heridos para que los remitiesen por agua a Granada. El correo regresó trayendo las piedras, pero ya fueron inútiles, porque el General Corral había caído enfermo y resuelto a contramarchar, de tal manera, que nadie pudo hacerlo desistir de su determinación. En el Rastro de Granada recibió orden de hacer entrar la tropa con cajas destempladas y en el mayor silencio, paso que daba a la entrada el aspecto de una derrota. Imposible sería dar a conocer la ira del General Chamorro cuando supo que Corral estaba a las puertas de la ciudad en manifiesto desacato a las instrucciones que le había dado. Es preciso haber conocido el carácter de aquel hombre para formarse idea cabal de cuánto le afectaría la insubordinación y más aún la idea de que no debía aplicarle la condigna pena, porque un jefe de la importancia de Corral, tan querido de la tropa y del pueblo, no podía ser castigado sin causar un trastorno, que tal vez habría sido la ruina de la legitimidad.

Cuando la Providencia quiere proteger una causa se vale de todos los medios para conservarla. Muy pocas veces la falta de cumplimiento a las órdenes superiores habrá producido tan felices resultados, como ésta de que venimos hablando. Si en Corral es reprobable la insubordinación, nacida tal vez del temor que le inspiraban las fortificaciones de Masaya, en que presentía se eclipsarían sus glorias, es preciso confesar que sin saber hizo un bien a la causa que defendía, porque si, en cumplimiento de su deber, ataca en esa vez las fortificaciones de Masaya, hubiera sido infaliblemente derrotado. Fuera de la guarnición fija de la plaza, que no era menos de 200 hombres, se había reunido la tropa derrotada en Catarina y casualmente había llegado don Mateo Pineda, que por entonces era ya General, con 200 hombres que conducía a Jalteva; de suerte que los legitimistas, que no eran más de 500, habrían tenido que luchar al menos con 600 hombres fortificados y provistos para resistir un sitio de algunos días. Es decir que el triunfo para aquéllos era un verdadero imposible.

Produjo aún otro bien el movimiento falso, o sea el retroceso de Corral. Pensó Jerez que era estratégico, y que el lazo que se le tendía era *amenazar a Masaya, para que, aglomerando allí las fuerzas democráticas, quedase débil el cantón de Jalteva, sobre el cual se asentaba el golpe*; y en efecto, hizo Jerez que Pineda y Guerrero precipitasen su marcha a Jalteva, y quedó Masaya con su guarnición ordinaria, tal cual debía estar para que se verificase el terrible acontecimiento de que vamos a dar cuenta.

Masaya, doce millas distante al N. O. de Granada, ciu-

dad populosa, abundante en víveres y en toda clase de recursos, cuyo pueblo generalmente pertenecía a la democracia, era la retaguardia y la vida del cantón. Desde el 4 de julio en que se verificó la invasión del General Chamorro, los democráticos, como hemos referido, determinaron asegurar la plaza, y ocupar de cuartel la Iglesia Parroquial, a cuyo paso se opuso por fórmula el cura de la ciudad, y la autorizó el Vicario Capitular don Hilario Herdocia. La Iglesia está colocada en medio de la plaza, sin conexión alguna con otro edificio, y en cada uno de sus ángulos construyeron una garita bastante fuerte, en que cabían diez hombres; levantaron reductos en todas las puertas, y se proveyeron de los útiles necesarios para conservar agua y alimentos suficientes para mantener un sitio durante los pocos días que necesitaban para recibir auxilios de Jalteva. Mandaba en la plaza como jefe principal un costarricense, el Teniente Coronel don Silvestre Benavides, y a sus órdenes el Capitán Ramón Selva (que mandó la expedición de Escamequita), Pío Guevara y Francisco Bravo. Estaba allí también en esos días el Coronel Mariano Méndez, tan mentado por sus demasías; Francisco Bravo, apodado *Lora*, por cierta mala pronunciación y por una locuacidad sin límites, era uno de esos hombres cobardes, de una actividad prodigiosa, que le hacía estar en todo y en todas partes ejerciendo el influjo más decisivo en las masas, mediante el juego, el licor, y otros vicios. Entre la venganza y otras malas pasiones, poseía ciertos sentimientos caballeresco de amistad que le hacían apreciable a los ojos mismos de los que estaban convencidos de su maldad. Este hombre mantenía provisto de todo a Jalteva, al mismo tiempo que a la guarnición de Masaya, para lo cual disponía de los indígenas del pueblo.

El General Chamorro no desistió del pensamiento de apoderarse de Masaya, y antes bien mandó alistar cuatro secciones de preferencia con la mejor oficialidad, y confió el mando al Coronel don Florencio Xatruch; y estando todo listo, el 9 del mismo mes de febrero, salió de la plaza sin ser sentido del cantón, aunque tomaron el camino más inmediato a él, el de *Las Lomas*. A las 12 del día llegaron a la plaza de San Sebastián, en donde hicieron las distribuciones de la fuerza, sin que la viesen de la plaza.

Xatruch mandó una sección por la derecha bajo las órdenes del Teniente Coronel don José Bonilla, a salir a la extremidad oriental de la plaza; otra de frente sobre la *Calle Real* mandada por el Coronel Xatruch (Pedro); y otra al mando del Teniente Coronel Martínez por la izquierda, a aparecer al occidente de la plaza.

Cuando estas tropas fueron vistas, los democráticos alarmados arrollan la gente que había en el mercado, y sin excepción alguna condujeron todos los hombres a la Iglesia.

Como si esperasen un asalto sólomente en la noche, pernoctaban muchos paisanos en el interior de la Iglesia, que al amanecer se retiraban a sus trabajos, de suerte que a la hora en que los legitimistas llegaron no había más que la guarnición, los hombres casi inútiles que tomaron en la plaza, y unos pocos patriotas que corrieron a refugiarse a las fortificaciones.

Méndez y Francisco Bravo conocieron de lejos el peligro, sacaron una escolta, y salieron bajo el pretexto de ir a flanquear; pero a todo escape tomaron el camino huyendo para León.

Benavides salió con una guerrilla sobre la *Calle Real*, rompió el fuego una cuadra distante de la plaza, y retrocedió dejando muerto al oficial democrático Manuel Matus. Aunque dentro de la Iglesia no había un jefe capaz, y la tropa era colecticia, era una verdadera dificultad el tomarla, por su aislamiento en una plaza extensa que era preciso atravesar a pecho descubierto. Los legitimistas no llevaban artillería que les hubiera facilitado el asalto; pero por su fortuna los democráticos, acaso por la sorpresa, y por su mala dirección, no ocuparon las garitas, sino que todos se internaron al Templo a hacer fuego de la torre, de las puertas y ventanas. De parte de los legitimistas no pudo ser peor dirigido el asalto, o mejor dicho, no fué dirigido, porque el jefe principal, Xatruch, es un valiente sin capacidad alguna. No hizo más que dividir la fuerza, y encomendar el triunfo a su coraje, porque en verdad los oficiales y tropa no dejaban que desear respecto de entusiasmo y de bravura.

El punto menos peligroso era el de oriente, encomendado al Teniente Coronel Bonilla, porque de ese lado son más próximas las casas de la plaza a la Iglesia, y sólo había que temer los reductos de la sacristía, puesto que las garitas no estaban ocupadas, y no podían dañar los fuegos de la torre y de las ventanas, a diferencia de los otros puntos que tenían en contra estos obstáculos. Al salir a la plaza, los soldados acometieron con vigor, pero unas tantas veces fueron rechazados con estrago, hasta que animados a morir o vencer partieron sobre los reductos cayendo varios en el tránsito, y se apoderaron de la sacristía, de donde no podían pasar ni al atrio del Templo, porque los democráticos concentrados al interior disparaban el cañón y los fusiles sobre este lugar.

Entre tanto la sección del Teniente Coronel Martínez, que atacaba el punto más peligroso, el frontispicio de la Iglesia, había hecho una terrible carga hasta ponerse al pié y ocupar las claraboyas de los reductos; pero ¿cómo derribar éstos tan fuertes? ¿cómo salvarlos tan altos, y bajo la lluvia de balas de la torre y del interior de la Iglesia? No hubo más medio que el adoptado por Martínez, y fué pararse sobre el caballo, pasar de él a la trinchera, y fiar sobre ella, dar la mano y subir a los soldados, en medio del mayor peligro. Soldado hubo que

al asomar sobre la muralla, cayese muerto acribillado de balas. Así pasó esta sección, y una vez introducida, el combate fué indescrutable.

Júzquese cuál sería el estruendo de aquella Iglesia en que resonaban el cañón, y más de 500 fusiles a la vez, y cuál la confusión producida por el humo, los lamentos y el ruido de las armas. Los vencidos se metían debajo de las mesas y allí quedaban muertos, o se subían a las cornisas de los altares, desde donde, atravesados por las bayonetas enemigas, su sangre bajaba a enrojecer el ara de Dios. El Comandante Benavides había podido escapar; pero fué alcanzado y muerto en el solar de una casa inmediata. Por fortuna no todos los vencedores empleaban su arma en la matanza, sino que algunos se ocuparon en salvar a muchos que se habían rendido, contándose entre ellos al Teniente Coronel Martínez, tan bizarro en el combate como clémente después de la victoria.

Pero aun no estaba la acción enteramente concluída. El 2.º jefe Pío Guevara se había subido a la torre con sesenta y tantos hombres entre oficiales y tropa, cuya resistencia podía ser funesta, porque a esa hora, las 2 de la tarde, era inminente la llegada de los democráticos en auxilio de la plaza. Xatruch les ofreció garantías que aceptaron prometiendo entregar las armas; en cuya virtud se precipitó a la escalera un oficial granadino, don Filiberto Urtecho, joven apreciable, quien al subir cayó herido mortalmente de un balazo en la cabeza, disparado por los mismos que habían ofrecido rendirse. La noticia de la muerte de Urtecho produjo irritación tan grave, que en la plaza hicieron una descarga sobre diez prisioneros que habían sido salvados entre la Iglesia, y de los cuales cayeron muertos nueve, y uno fué gravemente herido aunque no de muerte. Otro tanto se habría hecho con los de la torre, si el Teniente Coronel Martínez no se hubiera adelantado a hacerlos rendirse y a indagar quién había disparado el tiro que quitó la vida al oficial. Muchos se disculpaban unos a otros, de suerte que no pudo averiguarse la verdad; después atribuyeron la muerte a un oficial llamado Luis Escobar, que fué juzgado y fusilado en Granada algunos días más tarde.

Los prisioneros de la torre fueron 63; los democráticos muertos entre la Iglesia 130, entre éstos Ramón Selva y otros oficiales. Los legitimistas no tuvieron de baja en la tropa menos de 80, y además de Urtecho, murió en la acción el oficial Onesciforo Duarte, y después de ella el Mayor Arana, joven instruído y de talento militar.

Se vé, pues, que durante la guerra civil no se había presentado un combate tan difícil, tan sangriento como éste, y sobre todo tan espantoso, porque desgraciadamente tuvo lugar dentro de un Templo consagrado a Dios.

Quando los refugiados en la torre se rindieron, las cam-

panas anunciaron a todo vuelo el triunfo de los legitimistas. Ahora véase el peligro que corrieron éstos, puesto que el Coronel Cáceres, que venía de Jalteva con 300 hombres en auxilio de la plaza de Masaya, oyó el repique en las primeras casas de la población, en cuya virtud, por caminos excusados pasó a situarse al lado de Nindirí, calculando sin duda que tras él vendrían sus compañeros de Jalteva.

¿Qué recurso quedaba a Jerez en este lance? No podía permanecer más tiempo en Jalteva, porque Masaya, como hemos dicho otra vez, era su retaguardia y más que esto, la vida del cantón a quien mantenía con sus víveres. Otro jefe talvez levanta el campo de Jalteva y aparece de improviso al lado sur o norte de la plaza que eran bastante accesibles; pero ni él tenía ascendiente sobre su tropa, ni ella conservaba el menor rasgo de disciplina para haberla levantado de un punto y trasladado a otro. No pensó, pues, más que en mandar alistar todo para levantar el campo al silencio de la próxima noche, como en efecto lo levantaron poco más de mil hombres, dejando la artillería gruesa, y cuanto les embarazaba el tránsito.

El día siguiente (10 de febrero) se notaba desde la plaza un silencio completo en las líneas de Jalteva, y aunque algunos decían que los democráticos se habían ido, nadie se atrevía a cerciorarse, hasta que el Presbítero don Evaristo Meneses, que había estado en Jalteva todo el tiempo del sitio, habló por uno de los reductos y confirmó, pasándose libremente a la línea legitimista, el aserto antes anunciado. Entonces las campanas, los tambores, las trompetas y los gritos más entusiastas de la población resonaron por todo el ámbito de la ciudad, que después de ocho meses catorce días de combate y cruda guerra, se veía libre del ejército, que pensaba destruirla hasta sus cimientos. El vecindario se precipitó a Jalteva, y ni los mismos dueños podían conocer el sitio de sus casas, porque el fuego había desolado media ciudad, y las ruinas se habían amontonado y cubierto de hierva, quedando sólo un Templo medio destruido, cuartel principal de los jefes, y las tortuosas sendas por donde caminaban los democráticos. Y a la vista de este inútil sacrificio, de este horroroso espectáculo ¿quién que tenga algún apego a su patria no sepulta su corazón en un abismo de dolor? Tal fué la primera escena que nos presentó la revolución proclamada en favor de los derechos y de las garantías del pueblo; tal el cumplimiento del programa de Chinandega, que aseguraba la vida y la propiedad de todos los nicaragüenses.

Pero no nos extraviemos en estas digresiones que no tendrían término; prosigamos nuestra narración. Chamorro en el acto que supo la fuga del cantón, mandó al Teniente Coronel don José Ubau con 200 hombres, entresacados de todas las líneas, en persecución de los democráticos. Quedaba Granada en

poder de los cívicos, y en situación que si Jerez, como dijimos antes, vuelve por distinto punto sobre la plaza, no le habría sido difícil el tomarla. Ubau era un jefe apto para fortificar un punto y vigilarlo, porque era medroso y desconfiaba de todo; pero inútil en el combate. Jamás salió a una comisión sin confesarse y comulgar previamente, como lo verificó el día en que Chamorro, por falta de otro jefe, le encomendó la persecución antes mencionada. Ubau seguía la huella de los democráticos por el camino carretero, y tardó en alcanzarlos más de lo necesario por haberle ocurrido detenerse con el capellán para reconciliarse, cuando creyó que ya tocaba con la retaguardia del enemigo. Al fin entre ésta y la vanguardia del primero se estableció un tiroteo que continuó hasta la entrada a Masaya, cuya plaza atacaron los democráticos y Ubau fué a situarse en el Calvario a esperar el resultado del ataque, no sin haber perdido en la escaramuza siete hombres y un oficial valiente, Máximo Hernández, hijo del General de este apellido, que pereció por su mismo arrojo.

Era la una de la tarde del mismo (10 de febrero) cuando Jerez entró a las calles de Masaya, y situándose en la plaza de San Miguel distribuyó guerrillas por todos lados, las cuales cargaron con ímpetu sobre la principal, en donde estaban parapetados los legitimistas. Estos eran muy inferiores en número, y en el lance corrían el riesgo de que sus contrarios les interceptasen el agua, de que se proveían con incalculable trabajo; pero ellos no se propusieron más que hacer un esfuerzo sin acantonarse, desfilando para León si no les salía bien. Luego que pasó el primer impulso, el Coronel Xatruch (Pedro) salió a batirse con las guerrillas que atacaban por el barrio de Monimbó, al sur de la plaza, y el Teniente Coronel Martínez con las que aparecían por el de San Jerónimo, al norte. Este habiéndose adelantado mucho con un pequeño piquete, fue cortado, y pudo salvarse rompiendo la línea, mediante un buen caballo que montaba, y merced al estupor de los democráticos, que hasta mucha distancia le dirigieron una descarga. El fuego continuó hasta la entrada de la noche, hora en que los democráticos fueron replegándose a la plaza de San Jerónimo, y de allí desfilando sobre el camino para León. Los muertos de uno y otro lado fueron muy pocos, contándose entre los legitimistas al capitán José María Matute, el mismo que se pasó de Jalteva a la plaza a iniciar el proyecto de Vélez.

El día siguiente se reunió la fuerza de Ubau a la de la plaza, sin pensar en perseguir más a los democráticos que con toda libertad marchaban para Managua. Faltaba a los legitimistas desalojar a la democracia del departamento de Rivas, y organizar su propio ejército para tomar a León, donde naturalmente iba aquella a hacer su mayor resistencia. A este efecto

M.—14.

el General Corral vino a Masaya a ponerse a la cabeza de la tropa, y comenzó a trabajar desde el momento de su llegada. En este estado ocurrió un incidente, preludio de demasías, que vino a turbar la situación y a influir tristemente en los sucesos futuros. Estando todavía los democráticos en Managua, por los días 12 o 13 de febrero, fué nombrado jefe de día del ejército legitimista el Coronel don Manuel Antonio Cerda: a las diez de la noche, se aproximó a una mesa que rodeaban los Tenientes Coroneles Bonilla, Gabriel Irías y otros, les anunció dicho nombramiento, agregando que habría una novedad. Uno de tantos le preguntó ¿a quién te vas a echar? Otro dijo: *echate al Gatillo*; y como otro preguntó si la *novedad* era cierta, todos se rieron y Cerda añadió que era una *broma*. Poco después, a las 12 de la misma noche se dirigió éste, tomado de licor, al cuartel donde estaban los 63 prisioneros de la torre, y preguntó por Pío Guevara que en ese momento dormía profundamente. Era el 29 jefe de la plaza de Masaya, generalmente estimado por las familias legitimistas a quienes había tratado bien y dispensádoles algunos favores. En tiempos anteriores había tenido con Cerda, en Nueva Segovia, cierta enemistad, dimanada según parece, de celos que éste tenía contra aquél. Estaba herido en una pierna, y la noche citada los demás presos advirtieron que sufría una terrible pesadilla; lo recordaron y él les dió las gracias, contándoles que soñaba hallarse en un patíbulo al instante en que le hablaban. Se acababa otra vez de dormir cuando entró Cerda; lo despertó, mandó que se confesase con un sacerdote llamado en el acto, lo sacaron en su misma cama, y lo fusilaron haciéndole repetidas descargas. Aquellas detonaciones produjeron una grande alarma, porque se creyó que era un ataque del enemigo; Corral vuela furioso, e impuesto del hecho, manda al capitán don Andrés Murillo que encausase a Cerda, a quien estaba resuelto a fusilar aunque era su pariente político, pues conociendo de golpe la extensión de aquel atentado tan horroroso contra un prisionero que tenía garantizada la vida, creía que si Cerda no era castigado condignamente, todo el partido cargaría con aquella responsabilidad. El encausado protestó que el hecho no había sido premeditado; que en el momento de ver a los prisioneros había recordado los males de su patria y la infracción de la ley de 10 de mayo al perdonar la vida a aquellos hombres; y que indignado quería cumplir la ley en le jefe principal de dichos prisioneros. A las 6 de la mañana el fiscal había pedido la muerte, y advirtiendo sin duda algunos amigos de Cerda la disposición de Corral, mandaron un expreso violento a Granada, el cual trajo una orden del mando en jefe para remitir a Cerda con su causa, como lo remitieron, y poco después fue destinado a servir la Comandancia de El Castillo. Este asesinato produjo el efecto previsto por Corral, y fué que los partidarios de la democracia creyeron que

no había perdón para ellos, y que debían defenderse con las armas en la mano hasta el último extremo.

Entre tanto, de Granada había salido el Coronel don Estanislao Argüello con 200 soldados a ocupar la plaza de Rivas. El Gobernador democrático, don Salvador Galarza, al saber la retirada del cantón de Jalteva, dió de baja a la fuerza, abandonó las armas y con unos pocos oficiales se embarcó en San Juan del Sur para León. Unos patriotas legitimistas tomaron las armas abandonadas, y sostuvieron una pequeña acción con una compañía democrática que expedicionaba por Tortuga y que volvió a recuperar la plaza. En posesión de ella estaba cuando llegó el Coronel Argüello, quien la tomó sin mucha resistencia, perdiendo al capitán don Avelino Montiel y unos pocos individuos de tropa, desde cuyo momento quedaron todos aquellos pueblos libres de la democracia, y bajo la obediencia del Gobierno legítimo.

Corral en Masaya dispuso ocupar a Managua, y al efecto mandó al Tte. Coronel Martínez con una sección, que entró a la ciudad sin resistencia alguna, porque los demócratas habían ya continuado su marcha para el occidente.

Después de este suceso quedó enteramente cambiado el teatro de la guerra. Al iniciarse ésta, la opinión en favor de la democracia puede decirse que era general: ella estaba en posesión actual de toda la República, y el Gobierno reducido, no a una ciudad, supuesto que gran parte de ella pertenecía a sus enemigos, sino al estrecho recinto de la plaza, abundante en recursos, pero sin soldados. La democracia no supo vencer, dejó pasar la primera impresión, y comenzó a incendiar, a robar, a ejecutar demasías innecesarias con el sexo débil, con el anciano y con el propietario, en todos los puntos y lugares a que llegaban sus fuerzas. Naturalmente el Gobierno adquirió prestigio, se reputó la plaza de Granada como el arca de salvamento donde iban a guarecerse los perseguidos, y aumentando cada día en fuerza, conservó a Chontales y a Matagalpa, reconquistó a Nueva Segovia, el Lago y las fortalezas del río San Juan, el Departamento de Rivas y el de Oriente. Estaba el Gobierno Provisorio en febrero de 1855 en peor situación que el Legítimo en mayo de 1854, por cuanto aquél estaba desacreditado, sin prestigio, sin recursos y reducido a León, de donde los propietarios y la gente honrada habían generalmente emigrado, y en donde había un partido considerable en favor de la legitimidad.

